

El crecimiento de la población mundial

La población del mundo crece exclusivamente a partir de la relación entre nacimientos y defunciones, es decir, a partir del crecimiento vegetativo. Si el número de nacimientos supera al de defunciones, se habla de un crecimiento vegetativo positivo; si por el contrario, las muertes superan a los nacimientos, de un crecimiento vegetativo negativo o decrecimiento y si ambas cifras son iguales, se está en presencia de un crecimiento vegetativo cero o nulo. Para medir el crecimiento vegetativo de una población se utiliza la tasa de aumento natural o de crecimiento medio, que se obtiene de la resta entre las tasas de natalidad y de mortalidad, pero expresada en porcentaje. Por ejemplo, si la tasa de natalidad es del 36‰ y la de mortalidad del 15‰, el resultado sería 21‰, pero como se expresa en porcentaje, esta tasa de aumento natural es del 2,1%. Cuando no se toma en cuenta la población total del mundo, es decir que se analiza la de un país, una provincia, una región (como el Mercosur o la Unión Europea) u otro espacio no mundial (una ciudad, un continente) esa población puede crecer tanto por la diferencia entre nacimientos y muertes como por la relación entre el ingreso (inmigración) y el egreso (emigración) de personas, es decir, el crecimiento migratorio. Al resultado de ambos crecimientos, vegetativo y migratorio, se lo denomina crecimiento total. Hasta la década de 1990, la población mundial crecía a ritmos cada vez más rápidos, aunque se registraban contrastes entre distintas áreas del planeta. En la actualidad, a pesar de este rápido crecimiento demográfico, éste tiende a desacelerarse en casi todo el mundo. La aceleración del crecimiento de la población mundial tuvo múltiples causas, pero entre las más notorias se encuentra la mejora en los sistemas alimentario y sanitario, producto de los enormes avances en el campo científico-tecnológico que se produjeron principalmente en los siglos XIX y XX, y que impactaron directamente disminuyendo la tasa de mortalidad y aumentando la tasa de natalidad. Esto se tradujo en el aumento de la velocidad de crecimiento de la población mundial en período

os cada vez más breves, proceso que recibió el nombre de “explosión demográfica” o “boom demográfico”. Recién en el año 1800 la población del mundo llegó a los primeros 1.000 millones de habitantes; pasaron 130 años para que se duplicara (en el año 1930); 30 años hasta alcanzar los 3.000 millones (aproximadamente en 1960); 15 hasta los 4.000 (1975); tan sólo 12 en sumar 5.000 (1987) y 13 años para alcanzar los 6.000 millones de personas en el planeta (en el año 2000).

El acelerado crecimiento demográfico, planteó problemas que algunos teóricos se encargaron de estudiar y difundir. Aunque, como quedó dicho, el ritmo de crecimiento demográfico comenzó a desacelerarse, la Organización de las Naciones Unidas estima que para finales del siglo XXI, la población mundial será el doble (casi 12.000 millones) de la que hay en la actualidad. Sin embargo, ese crecimiento es muy desigual si se tienen en cuenta las condiciones sociales, económicas y hasta culturales de los diferentes países. Los países desarrollados, oscilan entre tasas de crecimiento muy bajas y decrecimiento de sus poblaciones. Los subdesarrollados, en cambio,

poseen un crecimiento mucho más rápido y, en general, más veloz cuanto más pobre es el país. La consecuencia evidente de este crecimiento desigual es que en el futuro habrá mayor porcentaje de población pobre en el mundo.

La Teoría de la Transición Demográfica

Fue en la década de 1930 cuando se publicó la Teoría de la Transición Demográfica, en la que se relacionaba las tasas de natalidad y mortalidad con el crecimiento demográfico y el grado de desarrollo de esa población analizada. Allí se sostenía que las poblaciones, en diferentes períodos de sus respectivos desarrollos históricos, pasaban por cuatro etapas de transición demográfica, distinguidas por el descenso cronológicamente desigual entre las tasas de natalidad y de mortalidad. Los avances científicos y tecnológicos y los cambios en los patrones culturales y productivos traerían un descenso primero en las tasas de mortalidad y luego en las de natalidad. En la primera etapa, característica de las sociedades antiguas o muy pobres, ambas tasas (natalidad y mortalidad) se mantienen altas por lo que se registra un crecimiento demográfico escaso o nulo. En la segunda etapa, comienza a descender la tasa de mortalidad debido a los progresos en materia de higiene, salud y alimentación, mientras que la tasa de natalidad se mantiene elevada, por lo que el crecimiento demográfico tiende a ser muy alto. En la tercera etapa, la tasa de mortalidad continúa su descenso mientras que la de natalidad empieza a descender como resultado de la aplicación de políticas de planificación familiar (utilización de métodos anticonceptivos) o de cambios en los patrones culturales (laborales, educativos), por lo que el crecimiento es aquí más lento. En la cuarta y última etapa, continúa el descenso de ambas tasas, debido a los avances científicos y tecnológicos, a su masiva aplicación en los campos de la medicina y de las actividades agrarias (mayor producción de alimentos), entre otros, y al fuerte ingreso de las mujeres en los mercados laboral y educativo (incluida la educación terciaria y

universitaria) acompañados por una situación de bienestar económico.

Población joven, población anciana

El crecimiento demográfico desigual genera consecuencias también diferentes en las poblaciones de los países desarrollados y subdesarrollados. En los primeros, como poseen elevadas esperanzas de vida acompañadas de muy baja fecundidad, sus poblaciones tienden a tener pocos niños y muchos ancianos por lo que se las denomina poblaciones ancianas o si se hace referencia al proceso, se lo llama “envejecimiento demográfico”. Por el contrario, en los países subdesarrollados, con características opuestas, es decir, baja o media esperanza de vida y elevada o media tasa de fecundidad, sus poblaciones tienden a tener muchos niños y jóvenes y pocos ancianos. Se calcula que para que una población mantenga el número de individuos, es decir tenga crecimiento cero, su tasa de fecundidad total debe ser de 2,1 hijos por mujer en edad fértil. En parte del continente europeo (como Suecia, Finlandia, España o Alemania), por ejemplo, sus poblaciones han comenzado

una tendencia a la reducción de su tamaño que sólo será revertida si se aumentan sus tasas de fecundidad en el futuro inmediato o si se reciben poblaciones desde el exterior (inmigrantes). Para los gobiernos de los países desarrollados que desde hace unas décadas ven envejecer su población, les resulta complicado mantener un sistema de jubilaciones que requiere cada vez más dinero, así como también les preocupa que poseen mano de obra deficitaria (más puestos de trabajo que cantidad de personas que estén dispuestas a cubrirlos) en ciertos sectores de la actividad económica, pues son más las personas que se jubilan que aquellas que ingresan al mercado de trabajo. Es por ello que algunos países cíclicamente permiten la entrada de inmigrantes a su territorio para solucionar la escasez de trabajadores. Por el contrario, en los países subdesarrollados, cada año una gran cantidad de jóvenes tiene intención de ingresar a un mercado laboral que no satisface sus expectativas, por la escasez de puestos laborales, por las cada vez mayores exigencias de capacitación y por los bajos salarios.

.